

La sociabilidad política: un juego de luces y sombras

Political sociability: a game of light and shadows
A sociabilidade política: um jogo de luzes e sombras

Oscar Guarín-Martínez

Profesor Asistente del Departamento de Historia, Pontificia Universidad Javeriana. Magister en Historia, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales, UNICAMP, Campinas, Brasil. Correo electrónico: oscar guarin@gmail.com

Este artículo se desprende del proyecto de investigación “Sociabilidades políticas y cultura en el Estado de Cundinamarca, 1851-1874”, financiado por la ESAP, y realizado entre 2007 y 2008.

Resumen

El concepto de sociabilidad política ha sido ampliamente difundido y asumido como un instrumento de análisis válido y pertinente para el estudio de los procesos de construcción de la modernidad política. No obstante, es un concepto problemático, por lo menos en los términos en que se ha planteado su uso. El presente artículo tiene como objetivo fundamental realizar una reflexión teórica en torno al concepto de la sociabilidad política, así como proponer algunas líneas de análisis referidas a la aplicación de esta categoría en el estudio de las manifestaciones culturales del siglo XIX colombiano.

Palabras clave

Sociabilidad, modernidad, política, élites, clases populares.

Palabras clave descriptor

Modernización, clases sociales, manifestaciones culturales.

Abstract

The concept of *political sociability* has been widely spread and assumed as a valid and pertinent analytical tool for studying the processes of construction of political modernity. However, it is a problematic concept, at least in terms of addressing its use. The present article has the fundamental objective of making a theoretical reflection around *political sociability*, as well as proposing some lines of analysis referred to the application of this category into the study of Colombian cultural manifestations of the 19th century.

Keywords

Sociability, Modernity, Politics, Elite Class, Popular Class.

Keywords Plus

Modernization, Social classes, Cultural events

Resumo

O conceito de sociabilidade política tem sido amplamente difundido e assumido como um instrumento de análise válido e pertinente para o estudo dos processos de construção da modernidade política. Contudo, é um conceito problemático, pelo menos da forma como o seu uso tem sido proposto. O presente artigo tem como objetivo fundamental realizar uma reflexão teórica ao redor do conceito da sociabilidade política, bem como propor algumas linhas de análise referidas à aplicação desta categoria no estudo das manifestações culturais do século XIX colombiano.

Palavras chave

Sociabilidade, modernidade, política, elites, classes populares.

La sociabilidad política

El concepto de sociabilidad política ha tenido una creciente difusión en las investigaciones históricas sobre el siglo XIX latinoamericano. Estrechamente vinculado a la historia política, ha sido asimilado a las formas en que las élites latinoamericanas conformaron sociedades de intercambio de conocimiento, y de relaciones políticas, económicas, sociales y culturales¹. De esta forma, la idea de la sociabilidad se ha ido posicionando como un concepto clave para entender el proceso de formación de la nación en el siglo XIX, y su relación con la organización de la estructura social y política al interior de los nacientes estados latinoamericanos.

Los estudios de François-Xavier Guerra han abordado, de manera más visible, este tipo de problemas. Guerra introdujo el concepto como categoría para explicar la manera como ciertas formas de organización fueron incorporadas entre las élites intelectuales latinoamericanas a finales del siglo XVIII, a través de la conformación de sociedades patrióticas y de amigos del país, que posteriormente revirtieron en formas modernas de asociación y de prácticas políticas². Sin embargo, y a pesar de ser un concepto central en sus análisis, la sociabilidad como categoría de análisis histórico no fue claramente definida en sus textos. Pareciera ser necesario, entonces, tratar de delimitar algunos de los contenidos y alcances de esta categoría, en la forma en que la emplea Guerra, y la manera en que puede constituirse en un efectivo marco explicativo de la experiencia política neogranadina, en particular, y latinoamericana, en general.

La sociabilidad en su sincronía

La categoría de sociabilidad fue planteada inicialmente en los años cincuenta por Maurice Agulhon, al analizar las formas en que se configuraron redes y sociedades políticas durante la revolución francesa. Agulhon establece una diferencia fundamental entre el concepto empleado en los tiempos de la revolución francesa, acuñado por aquellos sujetos históricos del siglo XVIII para referirse al tipo de relaciones que constituyeron, de aquel que él usa como categoría histórica para definir las relaciones instituidas entre estos grupos³.

El concepto de sociabilidad emerge históricamente hacia la segunda mitad del siglo XVIII, cuando se manifiesta una “expansión semántica del campo de lo social, y términos tales como ‘sociedad’, ‘social’, ‘sociable’ y ‘sociabilidad’ se imponen entonces como categorías cognitivas a partir de las cuales los actores piensan el mundo interrelacional como un conjunto dotado de un cierto sentido”⁴. Sin duda, existen diferencias radicales en los contenidos de aquella sociabilidad acuñada por los propios sujetos históricos en su tiempo, con respecto a aquel constituido como categoría histórica por Agulhon, e incorporado posteriormente por Guerra.

Hacia la primera mitad del siglo XIX, el concepto implicaba una referencia al grado de civilidad y de civilización con que se relacionaba una sociedad, en particular ciertos grupos y sectores urbanos, en cuanto la *civilitas* se refería específicamente a las ciudades. El *Diccionario de la Real Academia Española* definía el concepto de sociedad como la “compañía de racionales”, pero con un claro objetivo: “la junta o compañía de sujetos para

1 Al respecto, se ha generado una amplia bibliografía de trabajos sobre la historia latinoamericana. Algunos de estos son: para el caso mexicano, el trabajo de François-Xavier Guerra, *México, del Antiguo Régimen a la Revolución* (México: Fondo de Cultura Económica, 1991); para el caso argentino, el trabajo de Pilar González, *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862* (México: Fondo de Cultura Económica, 2002), y el trabajo de Mónica Quijada, *Homogeneidad y nación, un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX* (Buenos Aires: C.S.I.C., 2002). Una reflexión sobre América Latina puede verse en el texto de Antonio Annino y François-Xavier Guerra, *Inventando la nación* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001).

2 François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias* (México: Fondo de Cultura Económica, 2001), 92 y ss.

3 Maurice Agulhon, “La sociabilidad como categoría histórica”, en *Formas de sociabilidad en Chile, 1840-1940*, ed. Maurice Agulhon et al. (Santiago de Chile: Editorial Vivaria y Fundación Mario Góngora, 1992), 1-10.

4 Pilar González Bernaldo de Quirós, “La sociabilidad y la historia política”, en *Conceptualizar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador. Homenaje*, ed. Erika Pani y Alicia Salmerón (México: Instituto Mora, 2003), 431. Una versión anterior de este artículo se encuentra en Internet bajo el nombre: “Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina, 1829-1862”, Université Paris 7 - Denis Diderot (ponencia presentada en la Escuela de Estudios Hispano-americanos, Sevilla, 22 de octubre de 2003), www.eeha.csic.es/Ftp/pilargon.doc (consultado el 14 de agosto de 2008).

el adelantamiento de las facultades y ciencias”⁵, mientras que lo social era definido en términos de “lo que pertenece a los socios o compañeros, aliados o confederados”⁶. La sociabilidad era definida como la “propensión, inclinación de unas personas o cosas al trato y correspondencia de otras”⁷.

En estos términos, en el siglo XIX el concepto de sociabilidad implicaba diversos elementos. Uno inicial, sin duda, señalaba y demarcaba una relación fundamentada en la racionalidad, entendida como el resultado de la ilustración de los sujetos, que se encontraba a su vez vinculada con la civilización y la adopción de determinados comportamientos que la evidenciaban: buenas costumbres y contención de las pasiones⁸. Este punto era determinante, puesto que la racionalidad y la civilización eran asuntos que iban de la mano, y que a la vez se convertían en un tema de carácter público, manifiesto en la sociabilidad. Por ejemplo, Manuel del Socorro Rodríguez publicó diversos artículos en su *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*, en los que reflexionó sobre la necesidad de regular el interés común sobre el interés particular a fin de conseguir la anhelada *felicidad de los pueblos*. Esta regulación pasaba por el control del individuo respecto de sus placeres y caprichos, de su connatural voluntad desordenada⁹. La racionalidad se constituía, entonces, en un valor central de la vida civilizada y ofrecía a determinados grupos sociales una serie

de repertorios a través de los cuales construir su legitimación ante la sociedad: “Lo civilizado remitía al civismo y a la civilidad como atributos de los hombres públicos para la disposición, al control y al comportamiento adecuado para la actividad política. El respeto, la contención, la serenidad, la participación y la discusión constituían sus valores más preciados; los cuales distinguían al notable del vulgo conflictivo —artesanos y campesinos—”¹⁰.

La idea de civilización se constituyó en uno de los horizontes principales de las élites en el siglo XIX, y se convirtió en un deber ser al cual tenían que entregarse todos los esfuerzos del estado y de la sociedad. Desde esta perspectiva, la sociabilidad era una condición y a la vez un resultado que implicaba necesariamente un grado determinado de civilización; sin embargo, no era ésta una característica compartida por toda la sociedad. Para el caso neogranadino esta diferenciación fue planteada en términos raciales, y se ofreció para ello un discurso que legitimaba la posesión de la civilización en un sector exclusivo de la sociedad, los criollos. Al respecto, José María Samper señalaba en 1861:

En todas partes el criollo es la inteligencia de la revolución, sin escasear por eso su sangre generosa y sus sacrificios admirables, mientras el indio, el negro, el mulato y el mestizo blanco son los instrumentos materiales. El criollo es legislador, administrador, tribuno popular y caudillo al mismo tiempo. [...] Él es quien guía la revolución y tiene el depósito de su filosofía. Las demás razas o castas, en los primeros tiempos, no hacen más que obedecer a la impulsión de los que tienen el prestigio de la inteligencia, de la audacia y aún de la superioridad de la raza blanca¹¹.

Vista así, la sociabilidad de la cual hablaban los actores sociales del siglo XIX obedecía exclusivamente a una característica de las élites, e implicaba inevitablemente una serie de normas que regulaban los comportamientos sociales, pero, a su vez, establecían unas fronteras claras para aquellos que quedaban por fuera de las categorías de clases civilizadas. Esta idea implicaba una

5 Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española* (Madrid: Imprenta Real, 1832).

6 Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana*.

7 Real Academia Española, *Diccionario de la lengua castellana*.

8 Norbert Elias ha analizado el proceso a través del cual la sociedad genera mecanismos de control del fuero interno del individuo. Él los denomina *institutos de monopolio de la violencia*: “Solamente con la constitución de tales institutos monopólicos estables se crea un aparato formativo que sirve para inculcar al individuo desde pequeño, la costumbre permanente de dominarse; sólo gracias a dicho instituto se constituye en el individuo un aparato de autocontrol más estable que, en gran medida, funciona de modo automático”. Al respecto se puede ver: Norbert Elias, *El proceso de la civilización* (Bogotá: Editorial Norma, 2002), 453-454.

9 “[...] esa ley santa que ordenándolo todo baxo numero [sic], peso, y medida, conserva a cada uno en el goce de sus legítimas [sic] facultades... ¿Acaso podrá ser, vivir contra el orden que nos prescribe la razón, e ir vagando de una en otra parte solo con el objeto de saciar nuestros apetitos, de aniquilar a quantos no adulan nuestras ideas extravagantes, y destruir los sagrados vínculos de la sociedad?”. Manuel del Socorro Rodríguez, *Papel Periódico de Santafé de Bogotá* [Santafé de Bogotá], 5 de agosto, 1791, no. 26. (Bogotá: Edición conmemorativa de la Biblioteca Nacional, tomo I, 1978).

10 Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano* (Bogotá: Uniandes - Cesó, 2005), 32.

11 José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas* (Bogotá: Editorial Incunables, 1984 [1861]), 186-187.

diferenciación entre las élites, poseedoras de civilización y por ende de sociabilidad, y el pueblo, cuya unión siempre terminaba en anónimo amontonamiento.

La sociabilidad era mostrada como el signo visible de la civilización de las costumbres y de la sociedad, pero también como el espacio de generación de discursos y de opinión, y a su vez de las demostraciones más excéntricas de diletantismo por parte de sus miembros. José María Samper elaboró una descripción de lo que acontecía hacia 1850 en las tertulias de la “Sociedad Republicana”, fundada por los liberales radicales, y opuesta a la popular “Sociedad Democrática”:

La Escuela Republicana se ocupaba en política, literatura, filosofía y aun bellas artes, sobre todo en la política de club, y no solo tenía frecuentes sesiones ordinarias, sino que a las veces las tenía muy solemnes o de grande espectáculo, que eran muy concurridas. En ellas se recitaban poesías y pronunciaban discursos político-filosóficos; y si bien podían producirse perlas y diamantes, porque la mayor parte de los socios eran jóvenes de mucho talento, también solían pronunciarse los más grandes y escandalosos dislates, ya contra las ideas de orden social generalmente aceptadas, ya contra los principios y reglas del buen gusto literario. El romanticismo, en política y literatura, estaba allí en su fuerza y vigor, y puede decirse que casi todos nos emborrachábamos con nuestros pensamientos y palabras y nos desvanecíamos al ocupar la tribuna¹².

Desde esta perspectiva, la sociabilidad fue una característica con la cual se identificaron y se definieron las élites, que establecieron y normalizaron los espacios –físicos y sociales– en los cuales eran puestas en juego las características fundamentales de la civilización: normas sociales y buenas maneras, además de un amplio repertorio escénico y teatral, que configuraban un capital simbólico y social basado en una estética particular¹³.

La sociabilidad como categoría de la historia

El concepto de sociabilidad construido a lo largo del siglo XIX contrasta con la categoría analítica propuesta por Agulhon, para quien la idea de sociabilidad caracteriza cualquier relación humana,

a partir de la cual los individuos dan sentido a sus relaciones cotidianas¹⁴. Maurice Agulhon define el campo de la sociabilidad como el que integran las “relaciones interindividuales que se desarrollan en el seno de los grupos intermedios –las sociedades urbanas–, aquéllos que se insertan entre la intimidad del núcleo familiar y el nivel más abstracto de las instituciones políticas –estatales– [...] y que no tienen una finalidad o interés expreso de carácter económico o político”¹⁵. Bajo esa perspectiva, esta categoría de sociabilidad otorga gran importancia a la manera en que entran en juego unas dimensiones afectivas y emotivas que determinan la formación de estos vínculos: lazos familiares y de amistades, que conllevan lealtades y fidelidades. La sociabilidad es algo más que el establecimiento de redes, y tiene implicaciones distintas¹⁶. Agulhon trata de distinguir el funcionamiento de la sociabilidad respecto al de la configuración de redes, que implican el establecimiento de vínculos asociativos, pero que no necesariamente significan el establecimiento de vínculos afectivos¹⁷. De acuerdo con Agulhon, las redes comparten con la sociabilidad la formación de vínculos, pero que son mucho más accidentales, de carácter informal e inestable, y se manifiestan en un agrupamiento mucho menos definido, más espontáneo y menos explícito¹⁸.

Para François-Xavier Guerra, y en general para los investigadores de la sociabilidad en América Latina, la sociabilidad se constituye en la base fundamental de la explicación de la expansión

14 González, “La sociabilidad y la historia política”, 6.

15 Citado en Javier Escalera, “Sociabilidad y relaciones de poder”, Universidad de Sevilla, s.f. <http://inicio.es/de/cgarciam/articulos.html> (consultado el 18 de enero de 2006).

16 La red es entendida como “un sistema de lazos complejos de lazos regulares que permiten la circulación de bienes y servicios, materiales e inmateriales, entre sus integrantes y que los afecta a todos desigualmente”. Michel Bertrand, “Los modos relacionales de las élites hispanoamericanas coloniales: enfoques y posturas”, *Revista Anuario IEHS*, no. 15 (2000): 74.

17 “Se trata de dos fenómenos que conviene distinguir. La sociabilidad remite a prácticas sociales que ponen en relación un grupo de individuos que efectivamente participan de ellas y apunta a analizar el papel que pueden jugar esos vínculos; la red ego-centrada remite a espacios de interacción social –del cual el tejido de la red da cuenta– que no implica que todos los individuos que participan a la red de ego se conozcan ni que compartan espacios de sociabilidad, en el sentido que acabo de señalar”. González, “La sociabilidad y la historia política”, 16.

18 Escalera, “Sociabilidad y relaciones de poder”.

12 José María Samper, *Historia de un alma* (Medellín: Editorial Bedout, 1971 [1881]), 354-355.

13 Arias, *Nación y diferencia*, 30-32.

y traslado de la política moderna europea hacia América. Para Guerra, las formas de sociabilidad sufren una transformación importante a finales del siglo XVIII con el avance del individualismo y de los valores individualistas: “Progresivamente, el individuo va ocupando el centro de todo el sistema de referencias, remodelando, a pesar de la inercia social y de múltiples resistencias, los valores, el imaginario, las instituciones...”¹⁹.

De acuerdo con Guerra, la modernidad política implicó una serie de cambios que en América se hizo manifiesta en ciertas transformaciones fundamentales:

[...] La modernidad política es ante todo soberanía de la colectividad política –nación o pueblo– y derechos individuales –civiles, políticos y luego sociales–.

[...] La modernidad política es también constitucionalismo, definición y separación o combinatoria de los poderes para evitar un poder despótico y asegurar la libertad de los individuos.

[...] Modernidad es también una concepción de la colectividad como formada por la unión voluntaria de los individuos que la componen.

[...] La política moderna implica igualmente la representación política, excepto en teorías y experimentos de democracia directa muy efímeros o ficticios. Puesto que toda autoridad y toda ley tienen su origen en la colectividad, es necesario establecer mecanismos de transferencia por los que algunos hombres gobiernen o legislen en su nombre. Las elecciones figuran en todos los sitios como el mecanismo formal por excelencia de esta transferencia [...] La primacía del individuo se manifiesta igualmente en lo social, en la creación de una sociedad de individuos, lo que implica, por un lado, la destrucción o por lo menos el debilitamiento de los antiguos cuerpos y, por otro, la construcción de una sociedad civil por la interiorización de la nueva imagen de lo social y por el desarrollo de las sociabilidades modernas.

[...] La construcción de la sociedad civil va pareja con la construcción del Estado moderno, concebido como encarnación, guardián y agente de la soberanía de la nación, fuente de un derecho unificador, tal como se manifiesta en la codificación moderna, e investido de atributos cada vez más amplios en lo económico y en lo social.

[...] En fin, hay una última y fundamental característica que implícitamente ha ido apareciendo en estas

enumeraciones, la mutación del lenguaje. Palabras nuevas, o viejas palabras con nuevos sentidos irrumpen en el discurso político: nación, pueblo, sociedad, soberanía, Estado, constitución, ciudadano, libertad, representación y tantas otras²⁰.

De acuerdo con Guerra, este proceso de transformación y cambio que implicó la modernidad afectó, inicialmente, a un número reducido de individuos y, posteriormente, se fue difundiendo a otros sectores sociales hasta alcanzar el cuerpo entero de la sociedad²¹. De la misma forma, la política moderna fue un proceso que de manera incipiente emergió en la revolución norteamericana, se hizo evidente en la revolución francesa y culminó con la revolución hispánica²².

Este proceso de expansión fue posible gracias a la emergencia de nuevas formas de sociabilidad –tales como las tertulias y las formas de asociación voluntaria de individuos, por fuera de los espacios sociales tradicionales–, causa y consecuencia a la vez de la modernidad política, a través de las cuales se difundieron las nuevas ideas y los nuevos discursos. Además, permite “poner de manifiesto la interrelación constante que existe entre las ideas, el imaginario y los valores de un grupo humano –de un actor social– con su estructura y funcionamiento internos”²³. De acuerdo con Guerra, es en estos espacios de opinión, originados en las *sociétés de pensée* francesas²⁴, donde se pone de manifiesto el proceso transformador de la política moderna: individuos que se agrupan voluntaria e independientemente de su pertenencia a los diferentes cuerpos y estamentos²⁵. Estas nuevas formas de sociabilidad implicaron la emergencia de un imaginario que ponía su acento en el individuo, donde “lo esencial no es el grupo al que alguien se incorpora, sino el

19 Guerra, *Modernidad e independencias*, 85.

20 François-Xavier Guerra, “De la política antigua a la moderna: invenciones, permanencias, hibridaciones” (ponencia presentada en el 19th. International Congress of Historical Sciences, University of Oslo, agosto 6-13, 2000). <http://www.oslo2000.uio.no/program/papers/s17/s17-guerra.pdf> (consultado el 14 de septiembre de 2008).

21 Guerra, *Modernidad e independencias*, 86.

22 Guerra, *Modernidad e independencias*, 87.

23 Guerra, *Modernidad e independencias*, 88.

24 La categoría de *sociétés de pensée* fue introducida por Cochin. Al respecto, ver: Augustin Cochin, *Les Sociétés de Pensée et la démocratie. Études d'histoire révolutionnaire*, reedición con el título de *L'Esprit du jacobinisme* (París: PUF, 1979 [1921]).

25 Guerra, *Modernidad e independencias*, 90.

individuo que se asocia²⁶. A partir de ellas, el cuerpo social se fue transformando, y lentamente otros sectores de la sociedad se fueron permeando con las ideas que estos reducidos grupos iban configurando:

[Las sociabilidades modernas], sean cuales sean los fines con los que se forman, por sus nuevas prácticas relacionales son como la matriz y la escuela para pensar de manera inédita la sociedad: el vínculo social, la autoridad, los comportamientos. La sociabilidad moderna acompaña la invención del individuo, la valorización de los vínculos contractuales, el ideal de la igualdad, el reino de la opinión, la soberanía de la colectividad y un ideal de relaciones humanas pacificadas por la civilidad²⁷.

Para el caso americano, Guerra establece una serie de rasgos comunes con el proceso europeo: por una parte, y al igual que en Europa, las mutaciones políticas afectan inicialmente a las restringidas élites intelectuales; por otra parte, este tipo de sociabilidad va adoptando una variedad creciente. Sin embargo, existen algunos rasgos característicos importantes: hay una menor diversidad en lo que respecta a las formas que toman estas sociabilidades modernas —la tertulia y las Sociedades Económicas de Amigos del País, en algunos casos, y las sociedades patrióticas, en otros—²⁸. Guerra considera las tertulias como gérmenes de verdaderas sociedades, es decir modernas, que a pesar de su restringida extensión e influencia, afectan de manera importante y creciente al resto de la sociedad. La tertulia se constituye así en la modalidad primaria, si bien no formalizada, en que se manifiesta la modernidad en el mundo americano. Pero no es solo eso, “también es el lugar en el que se congregan personas que otros vínculos muy fuertes, familiares y afectivos y no sólo culturales, empujan a reunirse regularmente”²⁹. Esta serie de vínculos afectivos es lo que, en términos de Guerra, permite explicar para Hispanoamérica la persistencia de formas tales como la tertulia con un particular carácter híbrido, mezcla de comportamientos tradicionales y modernos.

El progresivo proceso de difusión a través del cual circulan la política y las ideas modernas se va ampliando a medida que las tertulias abandonan los espacios privados y se van trasladando a la esfera pública:

Lo que antes era una conversación privada entre gente del mismo ambiente social, se abre necesariamente a otros grupos sociales menos selectos. Aunque la reunión tenga lugar en una sala reservada, la proximidad física hace que los otros clientes se transformen fácilmente, por la proximidad física, en un primer público para los miembros de la tertulia, facilitando así la difusión de las ideas y de las pasiones hacia grupos más populares³⁰.

Finalmente, Guerra señala cómo a través de estas nuevas formas de sociabilidad se van constituyendo espacios donde el paulatino abandono de viejas prácticas sociales, tales como el orden de prelación, se van disolviendo, anticipando la emergencia de una sociedad de “individuos desgajados de las preocupaciones de su condición, y asociados libremente en la búsqueda del interés general de su patria y de la utilidad común”³¹. Estas nuevas prácticas de la sociabilidad, que Guerra denomina democráticas, se constituyen en un ejercicio de aprendizaje respecto a las que vendrán con la política moderna. Todo este proceso es de una paulatina y lenta difusión, donde las élites son las depositarias de la modernidad y a través de mecanismos modernos de expansión y transmisión, el flujo de escritos y la publicación de diarios y periódicos, “las nuevas referencias culturales irán difundiendo de manera descendente en otros grupos sociales”. Sin embargo, habrá que esperar hasta que bien entrada la época revolucionaria “las nuevas formas de sociabilidad vayan difundiendo hacia medios sociales más bajos”³². Tenemos entonces que, para Guerra, el concepto de sociabilidad está asociado indefectiblemente al de modernidad. De allí su diferenciación con las sociabilidades tradicionales, o de Antiguo Régimen, como él las denomina. Desde esta perspectiva, el concepto de sociabilidad no explica solamente las formas de asociación y de establecimiento de vínculos de los grupos sociales,

26 Guerra, *Modernidad e independencias*, 90.

27 Guerra, “De la política antigua a la moderna”, 4.

28 Guerra, *Modernidad e independencias*, 92.

29 Guerra, *Modernidad e independencias*, 93.

30 Guerra, *Modernidad e independencias*, 95.

31 Guerra, *Modernidad e independencias*, 97.

32 Guerra, *Modernidad e independencias*, 99.

como lo viera Agulhon, sino que para Guerra es el mecanismo para explicar la transformación de la política en la segunda mitad del siglo XVIII y el tránsito a una sociedad moderna en el XIX.

Hacia una crítica del concepto de sociabilidad

Vistos algunos elementos referidos a la categoría de la sociabilidad, vale la pena reparar sobre ciertos puntos centrales que no dejan de llamar la atención, y que son fundamentales para poder establecer la pertinencia y eficacia del concepto, a la luz de las preguntas que se suscitan al intentar comprender el siglo XIX y, particularmente, la circunstancia neogranadina.

Si bien el concepto de sociabilidad se refiere al análisis particular del establecimiento de lazos y vínculos al interior de una sociedad, para Agulhon ciertas valoraciones que enmarcan y rodean el concepto, en el caso de François-Xavier Guerra, no dejan de representar un problema.

En primer lugar, es necesario llamar la atención sobre el excesivo acento que pone Guerra en la idea de una modernidad, inevitable y necesaria, como explicación de los procesos independentistas latinoamericanos. La causalidad atribuida a la modernidad, énfasis que Guerra manifiesta permanentemente, hace que el análisis de las independencias y del surgimiento de las naciones latinoamericanas aparezca como resultado de un simple proceso que, como una gran ola, se va difundiendo por todos los rincones del continente a través de los mecanismos que él llama “sociabilidades modernas”. Así, este proceso es visto como externo a la historia de Latinoamérica, pero inevitable. Valdría la pena reflexionar sobre este punto en la presente coyuntura de celebración de las independencias latinoamericanas. No es del caso entrar a discutir el tema de la modernidad de las independencias, pero sí es necesario llamar la atención sobre esta perspectiva en tiempos de descolonización de la historia, donde una visión teleológica de las etapas históricas pareciera prevalecer³³.

33 Una crítica a esta visión puede encontrarse en Alan Knight, “América Latina: ¿a qué precio el pasado?”, *Boletín Cultural y Bibliográfico* 39, no. 60 (2002): 120-121.

Un segundo punto tiene que ver con el anterior, pero en un escenario más bien geográfico: la evidente perspectiva difusionista y eminentemente eurocéntrica de la interpretación de los procesos históricos. En términos del mismo Guerra: “Es esta política moderna, con el imaginario social que la subtiende, la que triunfa de manera incipiente con la revolución norteamericana y luego radicalmente con la revolución francesa, y al fin en nuestra área con la revolución hispánica”³⁴. Este sentir difusionista se percibe con toda fuerza en la manera en que es proyectada en América la política moderna, pero también en la explicación de lo que Guerra llama “desfases cronológicos” y el tardío compromiso de los americanos con la modernidad: “Este desfase muestra bien dónde estaba entonces el foco de las “luces”, como lo demuestra también el hecho de que bastantes de los fundadores de las sociedades americanas [...] fuesen hombres que habían conocido este tipo de sociabilidad en la Península”³⁵. La dependencia, como categoría interpretativa, tiene un lugar importante en las explicaciones de Guerra, lo que lo lleva a medir la modernidad americana en términos de la capacidad, cantidad y calidad de la recepción de los referentes europeos³⁶.

Esta perspectiva se apoya sobre las bases de una historiografía que cree, sostenidamente, en una absoluta herencia hispánica en América. Puede deberse a lo poco adelantados que están los estudios sobre la independencia, donde ha predominado la idea de una explosión ilustrada generada en una minoría social, que se difunde por la sociedad sin resistencias y sin oposiciones. Aún sigue siendo ignorada la participación de sectores populares en la independencia, pero más por la poca luz que en ella han proyectado las historias patrias, que por una ausencia real³⁷.

34 Guerra, *Modernidad e independencias*, 87.

35 Guerra, *Modernidad e independencias*, 104.

36 Una amplia y reciente bibliografía cuestiona la modernidad latinoamericana y condiciona su asimilación a procesos de carácter colonialista. Al respecto se puede ver: Hermann Herlinghaus y Mabel Moraña, ed., *Fronteras de la modernidad* (Pittsburgh: University of Pittsburgh, 2003).

37 Sin embargo, han empezado a emerger trabajos que cuestionan esta idea del liderazgo criollo en los procesos independentistas y la idea de una sociedad eminentemente pasiva ante tales acontecimientos. Algunos de estos trabajos son: Francisco Zuluaga, “Clientelismo y guerrillas en el Valle del Patía, 1536-1811”, en La

Definitivamente, si hay algo que reprochar a los estudios de Guerra es su mirada vertical de la sociedad. Este carácter de “cruzada ilustrada” con que percibe a las élites tiene que ver con el énfasis que se ha puesto en el análisis de sus discursos, más que con la eficacia de los mismos. Las ideas políticas tienen su origen en el reducido seno de las élites, que luego son transmitidas al resto de la sociedad a través de ciertos mecanismos modernos de difusión, tales como la prensa y el impreso. Sin embargo, el mismo Guerra señala la dificultad de determinar la influencia de este fenómeno en la radicalización política que alcanza la independencia americana, donde ni el impreso ni la prensa tenían amplia difusión; por el contrario, eran sociedades con altos grados de analfabetismo³⁸. El contraste entre la Nueva España, una sociedad ampliamente alfabetizada pero donde hay una fuerte reacción monárquica, y otros lugares de América, con élites reducidas pero con un radicalismo evidente en las ideas independentistas, pone en evidencia esta contradicción. Sin embargo, la explicación que da Guerra de este fenómeno no resulta del todo satisfactoria: “[...] puede ser que, precisamente porque esas élites eran poco numerosas, su evolución ideológica era más uniforme, cosa que era más difícil que se produjese en una sociedad con élites más amplias y dispersas. Una explicación complementaria es que el radicalismo ideológico se expresa más fácilmente en sociedades poco alfabetizadas, en las

que existen menos articulaciones entre la cultura de las élites y la cultura popular”³⁹.

Esto pone en duda, entonces, el papel y la funcionalidad de las sociabilidades modernas y, por el contrario, evidencia la pregunta por la existencia y naturaleza de otras formas de sociabilidad “premodernas”, que al parecer tienen unos mecanismos más eficaces y un mayor peso en la movilización política⁴⁰.

La presencia de discursos modernos en América y de estos entre las élites, es innegable, como bien lo ha demostrado Guerra. Sin embargo, no son los únicos discursos que circulan y, por lo tanto, la sociabilidad de la élite no es la única posible, a pesar de ser la más evidenciada en virtud de la facilidad de acceso a las fuentes. Quizás esta sea la tercera objeción: el predominio de las oposiciones Antiguo régimen/modernidad y barbarie/civilización, que se plantean en sus análisis. Al respecto, Guerra señala: “Es sólo en la expansión de los actores sociales modernos, en la difusión de las nuevas formas de sociabilidad y en los imaginarios que éstas transmiten donde están reunidas las condiciones para acceder a la política moderna”⁴¹.

El atribuirle a la sociabilidad moderna la difusión de la modernidad es algo lógico y evidente, pero asumir para ello los términos en que esas élites se pensaron a sí mismas, y las fronteras con que se diferenciaron de los otros grupos sociales –la idea de civilización, la racionalidad, las buenas maneras, el trato cordial y cortesano– es algo que no deja de causar incomodidad. Guerra reconoce la presencia de otros escenarios de sociabilidad –las pulperías y las fondas– en donde aparecen las clases populares, pero las muestra como receptoras de los discursos, e incluso incapaces de construir opinión y acción política. Refiriéndose al valor de conocer los procesos de sociabilidad en las ciudades a lo largo del siglo XIX, señala que:

Independencia, ensayos de historia social, ed. Germán Colmenares et al. (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1986); Mario Aguilera y Renán Vega, *Ideal democrático y revuelta popular; bosquejo histórico de la mentalidad política popular en Colombia: 1781-1948* (Bogotá: Fondo Editorial Instituto María Cano, 1991); Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)* (Bogotá: Banco de la República – Áncora Editores, 1998).

38 Guerra, *Modernidad e independencias*, 108. Sobre este aspecto, y para el caso de la Nueva Granada, Renán Silva resalta, ante el evidente analfabetismo, el empleo de formas tradicionales –o de Antiguo Régimen– en la difusión de los escritos, tales como la lectura pública. Además, se pone de presente la pregunta por el verdadero alcance que tuvo la publicación de escritos en la difusión de las ideas ilustradas. Al respecto puede verse: Renán Silva, “El periodismo y la prensa a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX en Colombia” (Informe del Grupo de Investigación sobre Sociedad, Historia y Cultura, Universidad del Valle, 2002). Una versión electrónica de este texto se encuentra en <http://chasqui.univalle.edu.co/cidse/documentos/download/pdf/Doc.63.pdf> (consultado el 14 de septiembre de 2008).

39 Guerra, *Modernidad e independencias*, 108.

40 Un interesante artículo que muestra la naturaleza y las formas de sociabilidades populares, además de la presencia de proyectos políticos de carácter popular en la independencia es el de Alfonso Múnera, “Pedro Romero: el rostro impreciso de los mulatos libres”, en *Fronteras imaginadas* (Bogotá: Editorial Planeta, 2005).

41 Guerra, *Modernidad e independencias*, 91.

Sería, sin embargo, preciso para comprender los grandes movimientos ‘populares’ en las ciudades en el siglo XIX, que no parecen ser en su origen tan ‘populares’ como podría creerse. Se adivinan frecuentemente detrás de la ‘plebe’ anónima, las clientelas urbanas de los poderosos, la influencia de ciertos curas o religiosos, o más tarde, las formas de movilización dirigidas por las élites políticas agrupadas en formas de sociabilidad modernas⁴².

Este es un punto crucial, que bien valdría la pena mirar con mayor detenimiento, pues en él se pueden hallar evocaciones de ciertos discursos aplicados a las masas durante el siglo XIX, donde la reunión del pueblo era vista como muchedumbre irracional, inconsciente, falta de freno, víctima del contagio de las emociones y fácil objeto de la manipulación⁴³.

Finalmente, y en relación con el punto anterior, no deja de llamar la atención el empleo del término “Hispanoamérica” con que Guerra se refiere a América Latina. Es claro que este término fue acuñado luego de las independencias y que fue empleado, particularmente, por los sectores conservadores. El término “Hispanoamérica” evocaba el proyecto de las élites de enraizar la civilización americana al proyecto civilizador católico-hispanista y a sus aspiraciones de reconocimiento ante Europa: “[...] la identidad *hispanoamericana* fue una vía para la resolución de una tensión implícita en lo criollo: ser a la vez el agente de destrucción del pasado colonial-español y fruto viviente de ese orden pasado. Si bien lo *hispanoamericano* hacía referencia a un subcontinente y englobaba a las poblaciones que allí habitaban, funcionó como una identidad de

los grupos dominantes”⁴⁴. Muchas preguntas y suspicacias se suscitan con el empleo indiscriminado de tal concepto, que lejos de ser inocente pareciera hacer parte fundamental de la manera en que Guerra entiende el siglo XIX latinoamericano, que curiosamente resulta tan similar a la de un historiador de ese mismo siglo.

En busca de la sociabilidad

¿Qué queda entonces del valor de la sociabilidad para el análisis histórico? Es claro que el problema no radica tanto en el concepto como en los elementos con los que se ha asociado su interpretación. Resulta claro el hecho de que las relaciones políticas sufren una radical transformación con la emergencia de nuevos elementos constitutivos de las sociedades tras las independencias: la emergencia de una esfera de lo privado y de lo público, la idea más general de opinión pública, la noción de individuo como sujeto político y poseedor de derechos, la idea misma de gobierno y de Estado. Todas estas transformaciones fueron paulatinas y tuvieron ritmos diferentes en todo el continente americano, pero es innegable la persistencia de formas y de instancias sociales y políticas que se superpusieron a las nuevas ideas. Para el caso de la Nueva Granada estas transformaciones y cambios resultaron particularmente lentos, y veremos una fuerte persistencia de lo colonial en el desarrollo institucional y político de la sociedad. De otra parte, es innegable que el establecimiento de relaciones y de vínculos entre distintos sectores de la sociedad fue fundamental para la construcción política de las nuevas naciones americanas. Pero en el caso de la sociabilidad emergen puntos que deben ser observados con mayor detenimiento.

El problema de la sociabilidad, como ha sido interpretada por François-Xavier Guerra, se encuentra en la restricción que hace del término en la oposición Antiguo régimen/modernidad. Guerra aporta la idea de una hibridación de las formas de sociabilidad donde se manifiestan tensiones entre la tradición y las formas modernas, pero le atribuye un peso excesivo a las ideas de la élite

42 Guerra, *Modernidad e independencias*, 294. Sobre este punto existen trabajos que si bien no se conciben como estudios de la sociabilidad, ponen en evidencia la presencia de una serie de redes de difusión de reivindicaciones sociales de carácter popular. Sin lugar a dudas, el levantamiento de Tupac Amaru II en el Perú y el movimiento de los Comuneros en la Nueva Granada, ambos a finales del siglo XVIII, señalan la presencia de dichas redes. Al respecto puede verse: Anthony McFarlane, *Colombia antes de la Independencia. Economía, sociedad y política bajo el dominio Borbón* (Bogotá: Banco de la República - Ancora Editores, 1997). Para el caso peruano: Scarlett O’Phelan, “El Mito de la ‘Independencia Concedida’: los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814)”, en *Independencia y revolución (1780-1840)*, tomo 2, comp. Alberto Flores Galindo (Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1987).

43 Al respecto ver: Augusto Le Bon, *Psicología de las multitudes* (Buenos Aires: Editorial E.M.C.A., 1945), 45-47.

44 Arias, *Nación y diferencia*, 22.

respecto de los sectores populares, lo que resulta de privilegiar a un solo actor social visibilizado en las fuentes. Valdría la pena, entonces, retomar el objeto que tiene realizar un análisis desde el concepto de sociabilidad. Una definición amplia de la comprensión de la sociabilidad nos la ofrecen los estudios literarios:

[...] Es una categoría analítica operante en la auto-comprensión de los procesos sociales que, especialmente, los sectores de élite, pero también los subalternos, utilizan en la época. Por otra parte, aun aludiendo a las formas voluntarias de asociación que caracterizan conceptos análogos como el de “sociedad civil” o “esfera pública” en la literatura europea, el de sociabilidad alude a formas no exclusivamente burguesas (se puede hablar de sociabilidad popular, por ejemplo), permite distinguir entre sociabilidades formales e informales y tiene un énfasis semántico particular en el carácter de “competencia” o “habilidad” adquirible en la práctica de la vida cotidiana⁴⁵.

Tengamos en cuenta que la sociabilidad nos habla de un *espacio social* donde se dan una producción y unos intercambios discursivos, pero también donde se establecen unas relaciones fraternas, emotivas y en cierta medida equitativas. En ese sentido, el análisis de la sociabilidad se refiere a una serie de espacios sociales –no solamente de lugares– donde se presenta dicho fenómeno. Por lo tanto, uno de los objetivos fundamentales del análisis de la sociabilidad debería ser más esa producción discursiva y la manera en que se cruzan sus distintos niveles de relación, que los elementos meramente formales bajo los cuales se produce. Esto permitiría analizar la sociabilidad en términos mucho menos restrictivos respecto al de las formalidades producidas por un sector social minoritario.

Si para Agulhon el nivel de lo afectivo-emotivo en los lazos de sociabilidad resulta tan importante, esta característica no es exclusiva de las élites. Por el contrario, esta idea extendería a toda la sociedad las posibilidades de establecer vínculos mucho más estrechos. Resulta extremadamente complicado sustentar la idea de que solamente ciertos sectores sociales pueden establecer lazos

afectivos, porque esto tenga que ver con la racionalidad y la civilidad. Sería un error pensar que solamente a una clase le está permitido el establecer este tipo de lazos. En realidad, nos enfrentamos a un problema de fuentes. El problema no es la ausencia de sociabilidades entre las clases populares, el problema es identificar las fuentes en donde se evidencian dichos lazos.

Consideramos que resultaría un error privilegiar ciertas formas de sociabilidad sobre otras, pues ¿con qué criterios establecemos tales preferencias? Posiblemente las fuentes hayan dado este sesgo, pero esto implicaría a su vez la necesidad de un trabajo crítico sobre las mismas⁴⁶. En este punto emerge el problema de considerar qué tan moderna es la sociabilidad de determinados grupos y qué niveles de complejidad pueden darse entre ellos, pero también el de si la modernidad debe ser el único patrón de medida. Guerra asume que las sociabilidades populares, al obedecer a un carácter tradicional y colectivo, tienen un carácter premoderno, pero ¿acaso no es este el mismo prejuicio de las élites en el siglo XIX? Este elemento también es crucial, porque con la utilización del concepto de modernidad como un determinante de tales relaciones, quedan excluidas aquellas que al ser consideradas premodernas salen del campo de análisis, o por lo menos pasan a un segundo plano en la explicación histórica. Sin embargo, ¿se puede prescindir de ellas sin conocer cuál fue su peso específico en los procesos de formación de la nación?

En este punto resulta fundamental lo que Agulhon denominó “la sociabilidad de costumbre”, en la que se daba un peso importante a la tradición. Se trata de lugares de reunión, amplios y variados, formados en la costumbre y no supeditados a unos espacios predeterminados, cuyos miembros comparten afinidades en diversas cuestiones, y

45 Juan Poblete, “Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura: la novela y las costumbres nacionales en el siglo XIX”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* xxvi, no. 52 (segundo semestre de 2000): 12-13.

46 En un trabajo anterior se ha desarrollado un ejercicio de análisis de las posibles fuentes que pueden ofrecer información al respecto. El caso particular de los costumbristas, agrupados en torno al mosaico, nos ofrece una singular mirada que si bien es producida por las élites y caricaturiza a las clases populares de manera deliberada, muestra, precisamente, la presencia de ideas políticas, de opiniones y de debates sobre los acontecimientos de la vida nacional entre las clases populares. Al respecto ver: Oscar Guarrín Martínez, “Sociabilidad popular y espacios de sociabilidad en el siglo XIX”, *Revista Administración y Desarrollo*, no. 45 (junio de 2008): 82-99.

que predisponen a ciertas actividades como la lectura de periódicos en público –tradición nada extraña en América, baste recordar la lectura de bandos y órdenes reales–, y el intercambio de ideas que conducen a la conformación de opiniones sobre la política⁴⁷. Vista así, la sociabilidad se encuentra estrechamente ligada a la cultura, y de ella se derivan prácticas políticas con multitud de repertorios.

Debemos tener en cuenta, entonces, que los ámbitos de sociabilidad se encuentran mediados por la *costumbre*, y que se construyen como espacios de difusión de ideas y de discursos, pero que pueden constituirse también en espacios de resistencia y conspiración. Los espacios de sociabilidad son los espacios de producción de la opinión, que se constituyen en “el lugar simbólico de la lucha por el poder, centro de un proceso de producción y de disputa discursiva en torno de la organización de proyectos y de prácticas políticas”⁴⁸. Esto significa que dichos espacios se encuentran en todos los niveles de la sociedad, y que su visibilidad depende tanto de circunstancias coyunturales, como de ejercicios visibles de poder.

Otro punto clave en esta reflexión tiene que ver con aquello que esperamos encontrar a través del análisis de la sociabilidad. ¿Se trata de analizar las maneras en que los individuos establecieron un determinado tipo de relaciones o más bien tratamos de poner en evidencia las formas en que estas relaciones sociales afectaron a otros niveles de la sociedad? Esto tiene que ver con la creación de una serie de discursos de orden simbólico –el establecimiento de una idea de nación, por ejemplo, pero también un desafío al poder, abierto u oculto–. Por supuesto que esto determina, en buena medida, los alcances de un trabajo investigativo. Se corre el riesgo, por un lado, de sumergirse en los detalles formales de las relaciones humanas –un sinfín de niveles que desplazan las fronteras disciplinares hacia el psicoanálisis,

la sociología e incluso la psicología social– y, por otro, perder de vista el marco general que nos impone el análisis histórico. Esto se refiere particularmente al riesgo de privilegiar un tipo de relaciones, el de las élites, que por ser más visible se puede pensar como el único. En este contexto emerge la pregunta por los sectores subalternos y populares y sus formas de sociabilidad, no siempre visibles históricamente, pero no por ello inexistentes. Esto nos vuelve a conducir a la pregunta por el tipo de sociabilidad que buscamos y que entendemos cuando empleamos el término; las producciones discursivas operan en un juego de visibilidad y ocultamiento que se encuentra en directa relación con el poder, y que genera discursos de pública aceptación de la dominación, pero también discursos de oculta resistencia⁴⁹.

Ahora bien, ¿qué fronteras podemos trazar al tratar de establecer las diferencias entre una sociabilidad de las élites y una sociabilidad efectiva de los grupos subalternos? ¿Dónde establecer estas fronteras? ¿En el grado de “civilidad” y de ausencia o presencia de violencia? ¿En sus niveles de acción política y sus repercusiones concretas en la sociedad? En este sentido, se tendría que analizar de manera mucho más profunda el verdadero impacto que tuvo la visible sociabilidad de las élites en la sociedad, así como el que tuvieron sus producciones discursivas en la realidad histórica, y no solamente en una fragmentaria historia intelectual o política.

Obras citadas

Agulhon, Maurice *et al.* *Formas de sociabilidad en Chile, 1840-1940*. Santiago de Chile: Editorial Vivaria - Fundación Mario Góngora, 1992.

47 Para el caso de la Nueva Granada encontramos estos espacios en el mercado, las chicherías, la tienda, las fiestas y hasta la misa. Los registros de lo que allí acontecía son difusos, aunque se conservan en las descripciones de los costumbristas. Al respecto ver Guarín, “Sociabilidad Popular”.

48 Elena T. Piñeiro, “Espacio simbólico, ideología y poder: relaciones entre prácticas discursivas y procesos políticos”, *Revista Colección* VIII, no. 13 (2002): 217.

49 Al respecto, se puede ver el interesante trabajo de James C. Scott, quien analiza la producción de discursos visibles y ocultos en las relaciones entre los grupos dominantes y los sectores subalternos, y la presencia permanente de la resistencia, que en muchas ocasiones nunca se concreta en acciones políticas visibles, y por el contrario emplea instrumentos tales como el disimulo, la simulación, el silencio, la pereza, y en fin, una serie de repertorios que hace de la resistencia algo tenue, pero permanente. Ver James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia* (México: Ediciones Era, 2000).

- Annino, Antonio y François-Xavier Guerra. *Inventando la nación*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Arias Vanegas, Julio. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Uniandes - Ceso, 2005.
- Bertrand, Michel. "Los modos relacionales de las elites hispanoamericanas coloniales: enfoques y posturas". *Revista Anuario IEHS*, no. 15 (2000).
- Cochin, Augustin. *Les Sociétés de Pensée et la démocratie. Études d'histoire révolutionnaire*. Reedición con el título de *L'Esprit du jacobinisme*. París: PUF, 1979 [1921].
- Elias, Norbert. *El proceso de la civilización*. Bogotá: Editorial Norma, 2002.
- Flores Galindo, Alberto, comp. *Independencia y revolución (1780-1840)*, tomo 2. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1987.
- González, Pilar. *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Guerra, François-Xavier. *México, del Antiguo Régimen a la Revolución*. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Guerra, François-Xavier. "De la política antigua a la moderna: invenciones, permanencias, hibridaciones". Ponencia presentada en el 19th. International Congress of Historical Sciences, University of Oslo, agosto 6-13, 2000. <http://www.oslo2000.uio.no/program/papers/s17/s17-guerra.pdf>
- Guerra, François-Xavier. *Modernidad e independencias*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Herlinghaus, Hermann y Mabel Moraña, ed. *Fronteras de la modernidad*. Pittsburgh: University of Pittsburgh, 2003.
- Knight, Alan. "América Latina: ¿a qué precio el pasado?". *Boletín Cultural y Bibliográfico* 39, no. 60 (2002).
- Le Bon, Augusto. *Psicología de las multitudes*. Buenos Aires: Editorial E.M.C.A., 1945.
- McFarlane, Anthony. *Colombia antes de la Independencia. Economía, sociedad y política bajo el dominio Borbón*. Bogotá: Banco de la República - Áncora Editores, 1997.
- Múnera, Alfonso. *Fronteras imaginadas*. Bogotá: Editorial Planeta, 2005.
- Pani, Erika y Alicia Salmerón, ed. *Conceptualizar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador. Homenaje*. México: Instituto Mora, 2003.
- Piñeiro, Elena T. "Espacio simbólico, ideología y poder: relaciones entre prácticas discursivas y procesos políticos". *Revista Colección* VIII, no. 13 (2002).
- Poblete, Juan. "Lectura de la sociabilidad y sociabilidad de la lectura: la novela y las costumbres nacionales en el siglo XIX". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* XXVI, no. 52 (segundo semestre de 2000).
- Quijada, Mónica. *Homogeneidad y nación, un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Buenos Aires: c.s.i.c., 2002.
- Real Academia Española. *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*. Madrid: Imprenta Real, 1832.
- Samper, José María. *Historia de un alma*. Medellín: Editorial Bedout, 1971 [1881].
- Samper, José María. *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*. Bogotá: Editorial Incunables, 1984 [1861].
- Scott, James C. *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Ediciones Era, 2000.
- Silva, Renán. "El periodismo y la prensa a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX en Colombia". Informe del Grupo de Investigación sobre Sociedad, Historia y Cultura, Universidad del Valle, 2002. <http://chasqui.univalle.edu.co/cidse/documentos/download/pdf/Doc.63pdf>

- Fecha de recepción: 1° de junio de 2010
- Fecha de evaluación: 16 de junio de 2010
- Fecha de aprobación: 29 de junio de 2010

Cómo citar este artículo

Guarín Martínez, Oscar. "La sociabilidad política: un juego de luces y sombras". *Memoria y Sociedad* 14, no. 29 (2010): 25-36.